

Notas sobre la evolución de las fiestas en Guipúzcoa

ANTXON AGUIRRE SORONDO

Recientemente he concluido la redacción de un nuevo libro, que espero vea la luz en los próximos meses, donde se censa la totalidad de fiestas que se celebran a lo largo y ancho de la geografía guipuzcoana, en cada ermita, en cada campa, en cada pueblo, barrio y ciudad. Como se comprenderá, esto ha costado varios años de trabajo en hemerotecas, archivos municipales y, sobre todo, de investigación de campo.

Pero por una cuestión formal, mis impresiones personales y las conclusiones que se desprenden del estudio global del fenómeno festivo a través del tiempo, han quedado fuera de esa edición.

El trabajo que aquí comienza recoge una selección de esas notas, con las que pretendo acercar a los participantes en las IV^{as} Jornadas de Folklore a la naturaleza actual del hecho festivo en Guipúzcoa, y al estado en que se hallan las ancestrales tradiciones que, como es sabido, abundan en toda nuestra zona.

He parcelado estas NOTAS SOBRE LA EVOLUCION DE LAS Fiestas DE GUIPUZCOA en cinco apartados, que responden a otros tantos aspectos significativos, y que son:

1. La música y el baile
2. Las indumentarias
3. Alimentos y bebidas
4. Las actividades
5. Pautas de conducta

1. La música y el baile

Este es, con toda probabilidad, el aspecto más cambiante de cuantos configuran el ritual festivo.

El sonido del «txistu» y del tamboril, que siempre animó a los jóvenes a bailar, hoy lo juzgan obsoleto. Hablando con algunos viejos «txistularis» me confesaron que sólo en casos puntuales la gente arranca a bailar cuando ellos hacen sonar sus instrumentos –al contrario que en el pasado–, pues parece que ya sólo las personas de edad «sienten» su ritmo. Similar es el caso de la «trikitrixa». He sido testigo de muchas fiestas donde nadie salía a bailar cuando sonaba el acordeón y la pandereta, limitándose los asistentes a escuchar cuando no a ignorarlos.



Antxon Agirre. Etnólogo.

Los medios de comunicación son decisivos para configurar los nuevos gustos sociales, de suerte que la música de las fiestas está marcada por su impronta. Por supuesto, existen en Guipúzcoa algunos grupos de música tradicional vasca de enorme éxito popular, pero que subsisten en desigualdad con el torbellino de música-disco, «heavy-metal», pasodobles, rancheras o «country».

Otro factor importante es el afán de vatios, sin los cuales parece que no hay diversión. Cuanto mayor es el volumen y más frenéticos los ritmos, más penetran en los mozos... ¡aunque también en las casas vecinas! Y cuando un artista se presenta ante el público anuncia el nombre de sus acompañantes sobre el escenario, pero también –y que no falte– la potencia de luz y sonido que emplearán.

El «txistu», el tamboril y la «trikitrixa» se han remplazado por baterías, sintetizadores, guitarras y voces muchas veces chillonas cantando incluso en inglés.

En ciertos pueblos de fuerte carácter rural con gran predominio de la cultura «euskaldún», he comprobado que los feriantes animan de buena fe el ambiente con la música de sus potentes aparatos de sonido. Pero la elección de los discos a menudo resulta claramente inadecuada, inclinándose por temas folklóricos de sus lugares de origen (fundamentalmente sureños) o por las estrellas del momento, como Michael Jackson, Madonna, Julio Iglesias, Olé-olé, etc. Nadie con un mínimo de sentido común pretenderá que estas músicas desaparezcan de nuestras fiestas, ni que los feriantes deban pasar un examen de euskera antes de instalar sus barracas, pero bien es verdad que debería procurarse que estos comerciantes de ilusión utilizaran en cada lugar

la música autóctona, en vez de aquella «homogeneizada» por los medios de comunicación. En Aragón jotas y las hermosas canciones de José Antonio Labordeta; si estamos en fiestas navarras que podamos oír a las hermanas Itoitz, a Julián Arina o al Orfeón Pamplonés; y en Andalucía Los Chunguitos, María Jiménez o Rocío Jurado. Creo que no supondría mucho, y de hacerse así se demostraría la sensibilidad de los organizadores, quienes podrían guardar unos cuantos cassettes para la ocasión.

No quiero desaprovechar la oportunidad para exponer a su reflexión un hecho lamentable. En varios de los pueblos que he visitado me dijeron que los otrora tradicionales toques de campana –en parroquias, ermitas, colegios y conventos– se han suprimido en razón de que «su ruido molestaba al vecindario». En cambio, todos los «ruidos» basados en la estridencia de las guitarras eléctricas y en los decibelios de los equipos sonoros, no sólo van en aumento con los avances técnicos, sino que están provocando una sordera irreversible en un sector considerable de nuestra juventud, tal como vienen señalando los expertos.

Mientras en el resto de Europa se enorgullecen del sonido de sus campanas, se ejecutan periódicos conciertos y se crean asociaciones para su defensa, aquí se las olvida, se las silencia, dando así un tristísimo ejemplo de conciencia cultural. Y para muestra un botón: en la localidad navarra de Arruazu se organizaba anualmente un concurso de campaneros, único en muchos kilómetros a la redonda, que en 1988 no se ha celebrado ya, pues, según comentaron, «no era del interés de los mozos del pueblo».

Todo lo dicho para la música sirve para los bailes. Antiguamente (y cuando hablamos de antigüedad retrocedemos medio siglo nada más), el baile tradicional vasco era conocido por todos, singularmente en las áreas rurales, transmitiéndose en herencia de padres a hijos. Hoy, por contra, su aprendizaje se relega a los grupos de danzas vascas, depositarios en última instancia de su conservación.

Es significativo en este orden lo acaecido el pasado 9 de septiembre en el pueblo guipuzcoano de Lizartza. Ese día, como cada año, se bailaba una «soka-dantza», en otros lugares llamada «herri-dantza». Pues bien, a fin de mantener el rito en toda su pureza los organizadores decidieron que este año serían las personas mayores las ejecutantes, suponiendo que los adultos conocerían mejor los movimientos característicos; tras no pocos llamamientos, veinte hombres decidieron participar, pero al llegar *la hora de la verdad* sólo dos sabían realmente bailar la «soka-dantza», con lo que el acto quedó muy deslucido y ahora corre riesgo de desaparecer.

En nuestros días, digámoslo ya, bailar es sinónimo de moverse. Los bailes vascos y cualquiera de las demás danzas folklóricas, las contradanzas medievales, el vals o el tango argentino exigen el conocimiento de unas reglas. Esto ya no sucede, y el baile ha pasado de ser un espectáculo artístico de gran vistosidad, al simple derroche individual de adrenalina.

En términos generales, podemos decir que los jóvenes de hasta 15-16 años bailan en las verbenas al son de la música de los conjuntos, de esa edad en adelante se prefiere el bar, la discoteca o el pub, mientras que la mayoría de las personas de edad superior a los 50 años sólo bailan en ocasiones muy especiales (bodas, fiestas de jubilados, etc.), y siempre que la música sea suficientemente «camp».

Esta variedad responde asimismo a una más amplia posibilidad de elección. Si antes la música y el baile se reservaba para los días señalados y en un lugar concreto, hoy se simultanean conciertos, verbenas, discotecas y bares, donde por igual se puede oír música y bailar.

2. Las indumentarias

De unos años a esta parte se ha difundido la costumbre de portar prendas distintivas durante las jornadas festivas patronales, como de antiguo se hace en Pamplona y tierras navarras con los peculiares pañuelos y fajines rojos sobre traje blanco. En Guipúzcoa, cada localidad empieza también a imprimir sus colores en camisetas, pañuelos, «txapelas», etc. Orio, Ordizia, Placencia y Elgoibar son algunos ejemplos recientes, particularmente la última, donde este año se sacaron los nuevos pañuelos festivos con tanto éxito que no había participante que no lo llevara puesto.

Se trata de una forma de afirmación colectiva, apiñando al conjunto de una población en torno al hecho festivo, con los mismos principios que en las competiciones deportivas: es decir, identificación y participación.

Ahora bien, si para fiestas y otros acontecimientos —como las regatas de traineras, donde cada localidad/equipo se distingue por un color— se confeccionan prendas y se eligen símbolos, no estaría de más que esta elección se basara en la tradición local, bien sea eligiendo unas prendas frente a otras, o bien cuidando que los colores y signos conserven un «sentido». Para esto, entre muchas otras cosas, sirve el tan cacareado acerbo cultural. Así sucede en las pamplónicas fiestas de San Fermín, y así lo están haciendo diversas agrupaciones en las de Santa Ana de Ordizia. En uno y otro caso, los símbolos elegidos conservan «una razón de ser».

Finalmente nos llama poderosísimamente la atención la nueva moda de aprovechar los ritos carnavalescos para llenar una programación festiva, en un gesto que exhibe imaginación muy limitada. En otro tiempo hubiera sido impensable que unas fiestas patronales sirvieran para organizar concursos de disfraces, baile de máscaras o desfile de comparsas.

3. Alimentos y bebidas

Secularmente la fiesta está unida a los alimentos. Toda fiesta, toda celebración pagana o religiosa contiene al menos una comida. Desde la ritual de la misa hasta la opípara cena de final de año, los días especiales se distinguen por los alimentos que se comen y se beben.

Sin embargo, la intimidad de las comidas de antaño —al fuego del hogar en compañía de la familia y, si acaso, los amigos más próximos— se ha ido disolviendo lentamente ante el atractivo de la gran oferta de diversión y ocio que se da en las calles. La prueba está en que tanto las bodas, comuniones, bautizos, etc., como la Nochevieja o la víspera del patrón de la localidad, se conmemoran cada día más fuera de casa.

Los alimentos han cambiado también, y hoy día servir pollo en una boda estaría mal visto, cuando hasta ayer era plato imprescindible. Subsiste, eso sí,

el espíritu de «comer ese día lo mejor» inveterada tradición sobre todo en tierras del norte de la península. Así, aunque el kilo de angulas cueste unas 20.000 pesetas, en todas las sociedades y en muchos hogares de San Sebastián, la víspera de este patrón se cena angulas (lo que ya de por sí explica su altísimo precio).

Otro aspecto que deseo poner a su análisis es el de los concursos gastronómicos y sus excesos. Bien está que se organicen para popularizar y ensalzar los productos típicos de cada comarca —como el Día del txakolí en Getaria, el de la sidra en Astigarraga o el del «marmitako» en los puertos pesqueros vizcaínos—, pero junto a éstos han proliferado otros de productos foráneos que no aportan nada a la tradición, como pueden ser el concurso de paellas de Getxo o el de pimientos de San Sebastián, precisamente en zonas riquísimas en productos propios. Ni qué decir hay sobre los campeonatos de comedores o «tripalaris», degeneración de la cultura gastronómica donde todo consiste en comer más, como ya se hacía en la Roma clásica hundiendo sus raíces en los instintos más primitivos.

La cantidad y variedad de bebidas alcohólicas impide cualquier análisis riguroso sobre la evolución de éstas en las fiestas. Sin embargo, podemos clasificar los gustos de los actuales participantes a tenor de su edad: 18-20 años «litronas» (cervezas de litro) o «kalimotxo» (vino tinto con cocacola); hasta los 25-30 ambos sexos se inclinan más por la cerveza en caña o botellín; los matrimonios y parejas de esa edad en adelante prefieren el champán o cava, mientras que las cuadrillas de hombres beben copas y combinados, y vino si superan los 50-60 años.

Sin ser exacta, esta clasificación refleja la dependencia entre bebidas y poder adquisitivo, que es la clave para comprender las preferencias.

4. Las actividades

Hemos agrupado las actividades festivas en dos grandes tipos: deportes y diversiones. Evidentemente esta clasificación es incompleta, pero abarca los dos elementos básicos en las fiestas de nuestros días.

Podemos asimismo, como metodología, subdividir los deportes en tradicionales y contemporáneos, incluyendo entre los últimos algunos que llevan muchísimos años celebrándose pero que carecen del componente cultural. Nos explicaremos.

Llamamos deportes tradicionales a los de origen rural, nacidos en la región y propios de ésta, como son los «aizkolaris», el arrastre de bueyes y las regatas de traineras en tierras vascas. De las labores propias del campesino surgieron asimismo los desafíos, que no es otra cosa que una prolongación deportiva del trabajo diario. Pero tampoco esto ha subsistido, apenas, y hoy el deporte rural vasco se ha profesionalizado, aunque no en su totalidad por fortuna.

En el polo opuesto se hallan las competiciones ciclistas, que en Guipúzcoa gozan enorme fervor. Es un deporte moderno, no tiene raíces folklóricas, pero sin embargo casi todos los pueblos cuentan en su programa con una carrera ciclista de aficionados.

Por fortuna la mujer cada vez participa más en las competiciones deportivas, y ya nadie se extraña de ver a una muchacha ciclista o una competición de «soka-tira» entre hombres y mujeres. Pero a pesar de esto, el deporte es, cada día más, un espectáculo donde la participación del público es muy reducida. Esta es la FIESTA-ESPECTACULO. Para contrarrestar sus efectos se organizan diversiones populares abiertas a todo el mundo. Es la FIESTA-DIVERSION.

En efecto, las diversiones suponen la faceta más imaginativa de cualquier calendario festivo, y aquí se comprueba la inteligencia de los responsables para atraer al mayor número de participantes. Los menos brillantes de ellos recurren a repetir mecánicamente eventos importados de otras latitudes, como las innumerables tamborradas de Guipúzcoa o el fin de fiesta al son del «Pobre de mí» a falta de nada más ocurrente.

Tema más espinoso son los festejos taurinos, donde toda una serie de valores entran en disputa; desde la defensa de la vida animal hasta la rivalidad que provoca en algunos una fiesta que consideran extraña. No ocurre lo mismo con la atávica tradición de «correr los toros» (los encierros), cuya antigüedad, nobleza (al no hacer del animal una víctima de antemano) y raigambre entre el pueblo vasco ha sorprendido a las mentes más doctas del planeta.

5. Pautas de conducta

Los modos de la sociedad han cambiado, y con ellos las manifestaciones externas de los individuos. Sólo tenemos que echar una ojeada hacia el pasado, hablando con nuestros padres o abuelos, para comprobarlo. La mentalidad colectiva ya no es la misma que ayer: las costumbres y las creencias religiosas y políticas no son ya las mismas, repercutiendo directamente en las formas festivas.

Entre las costumbres perdidas señalaremos sólo una: la fiesta comenzaba después de la primera misa del alba, y terminaba cuando las campanas llamaban al ángelus de las 6 de la tarde. Antes era muy tarde la medianoche para regresar a casa, y hoy la juventud sale a esa hora. Las «gau-pasas» son habituales en pueblos y barrios.

La religión formaba parte intrínseca de toda fiesta, desde las llamadas «vísperas» en honor al Santo, pasando por la misa mayor, la procesión y hasta el rosario vespertino. Todo ello conservó hasta muy recientemente su prioridad sobre la parte lúdica, sirviéndose para su control de muy férreas ordenanzas prácticas y morales. Hoy se mantienen de forma más o menos protocolaria según las creencias de cada uno, los ritos inveterados: misas mayores, salves y excepcionales procesiones.

Las romerías, peregrinaciones y festejos en honor de los santos titulares de las ermitas han decaído en importancia, cuando no han desaparecido por la secularización de la sociedad, la disgregación de los escenarios festivos e incluso, aunque a algunos les sorprenda, por la iniciativa del propio clero; no es extraño que los viejos parroquianos acusen al joven sacerdote del lugar de haber suprimido, por su propia cuenta, esta romería o aquella procesión.

El respeto que antes se tenía por las autoridades también ha disminuido,

y todos recordamos al respecto los lanzamientos de huevos a primeras autoridades cuando han ido a disparar desde el balcón del Ayuntamiento el cohete anunciador de las fiestas (como ocurrió este año en Rentería y Zaurutz).

Guste o no, el factor político se ha introducido también en la fiesta desde hace ya casi dos décadas. Hay grupos y cuadrillas que piensan que también en la fiesta es legítimo desarrollar un trabajo de propaganda y reivindicación política. Los ejemplos están en la mente de todos («guerra de las banderas», o, sin ir más lejos, el «riau-riau» de los últimos «sanfermines»).

Contra el derecho que unos esgrimen para intervenir en las fiestas, choca otra parte de la población que no quiere involucrarse en otros fines que no sean la diversión pacífica.

A modo de conclusión

Como hemos visto, tanto la música como el baile tradicionales están en decadencia en el marco de nuestras fiestas; en las vestimentas y los alimentos se han introducido nuevos hábitos; el deporte se ha profesionalizado y es cada vez más un espectáculo de limitada participación; las pautas de conducta han variado, lo religioso ha pasado a un plano discreto y se ha introducido el factor político en los festejos.

La evolución será positiva o negativa según el juicio de cada uno. Pero, y esto es invariable, los tiempos han cambiado la fisonomía de nuestra sociedad y con ella los ingredientes de las manifestaciones festivas.

A mi juicio sería ilógico defender sistemáticamente todo lo tradicional, lo antiguo. No soy partidario de encorsetar ni a la sociedad ni a las fiestas en modelos arcaicos, cual si fueran piezas de museo que hay que conservar intactas. Como los pueblos, tienen que evolucionar, experimentar, responder a los nuevos desafíos. Pero tampoco hay que aprobar toda innovación, ni condenar todo arcaísmo, en absoluto. Creo que hay que analizar el tema desde una perspectiva histórica e intentar, y aquí está nuestro mensaje, un aproximamiento a los valores folklóricos autóctonos desde la mentalidad de nuestros tiempos, buscando el nexo de unión con esas tradiciones.

Por ejemplo, si la gente baila danzas vascas después de las comidas populares, fomentemos las comidas populares, y animemos a participar estableciendo premios a los que mejor bailen, o concursos entre pueblos de baile tradicional.

Si la gente quiere usar blusas o pañuelos, animemos para que sus colores, diseños, formas y signos contengan un sentido. Y que los concursos gastronómicos promocionen los productos de la región y las formas tradicionales de cocinarlos. Si el rito religioso está desapareciendo, aquí sólo puedo aconsejar a los investigadores recojan cuantos datos etnológicos encuentren, antes de su completa extinción.

Cada barrio, cada ciudad, cada comisión organizadora de fiestas debería preguntarse antes de publicar su programa festivo: ¿con este programa nuestras fiestas tienen un mayor sentido folklórico tradicional que las del año pasado? Si la respuesta es negativa aún habrá tiempo de rectificar. Si es positiva... ¡adelante!

